

EDUARDO CONTRERAS DE DIEGO

Jadraque a su íntimo amigo, el farmacéutico Jacinto Abós. En Brihuega continuó su “Alcarria Ilustrada”, donde el 17 de mayo de 1902 se publicó la antesala de su último número, un especial de 88 páginas, dedicado íntegramente a Brihuega. Allí concluyó la aventura de la Alcarria Ilustrada, porque junto a su tío, Ramón Casas, fundaría “El Briocense”, que pondrían bajo la dirección de Antonio Pareja Serrada.

Ya en Brihuega, al tiempo de la dedicación a su habitual trabajo, y a la edición del Briocense, tenía tiempo para viajar a Atienza, Jadraque y Madrid, a desempeñar otro tipo de funciones. Incluso llegó a formar parte de la aventura del Centro Alcarreño de Madrid, precursor de la Casa de Guadalajara en Madrid. Llegó a ir llamando de puerta en puerta en pro de la reconstrucción del castillo de Jadraque. Tomó parte activa en la vida cultural de Atienza, y hasta en Brihuega anduvo en otra aventura, la fundación de la Filarmónica, de la que fue secretario. Sin contar que su firma fue habitual en la práctica totalidad de los medios de prensa de la provincia. Una pluma ligera, aguda, crítica en muchas ocasiones. También fue un adalid en aquella famosa aventura del Centenario de Villaviciosa.

Próximo a cumplir los ochenta años de edad, en plenitud de facultades, y con la mente tan lúcida que le permitía mantener sus innumerables compromisos y atender a sus colaboraciones periodísticas, en el mes de febrero de 1926, en Brihuega, donde vivía junto a sus hijas Blanca y Concepción, le acometió una de aquellas gripes difíciles de curar. Desde Madrid, donde residía, se trasladó a Brihuega su hijo Arturo, acompañado de un conocido médico de la Corte. Cuando llegaron lo encontraron bien. Incluso estuvo hablando hasta altas horas de la noche con los recién llegados. Era el 4 de marzo de 1926. Al subir a su cuarto para acostarse sufrió un desmayo, falleciendo en la madrugada del día 5. A la mañana siguiente, 6 de marzo, desde Brihuega, en coche de caballos, trasladaron su féretro para ser enterrado en la población que soñó, junto a la que fuese su esposa, en Jadraque. Donde nada recuerda su paso. Tan grande fue que ni siquiera permitió que su nombre figurase sobre su lápida sepulcral.

La reseña de su muerte ocupó muy poco espacio en la prensa provincial, aunque dio cuenta de que: *“Perteneía a un gran número de Academias y sociedades españolas y extranjeras, estando en posesión de muchísimas condecoraciones y se necesitaría de muchísimo espacio para dar cuenta de la gran labor cultural de este hombre meritísimo; fue bueno, porque el bien resplandecía en todos sus actos, reflejo de la bondad de su corazón”*.

Eduardo Contreras. El hombre que se inventó el Jadraque del siglo XX.

Tomás Gismera Velasco